Mi princesa

C. R. Villanueva

Capítulo 1

Abrió los ojos y se encontró con la oscuridad. La angustia se apoderó de él y trató de levantarse pero se dio con algo duro en la coronilla.

¿Dónde estaba? No recordaba nada excepto esa horrible mañana.

Se levantó hasta que sintió la parte dura sobre su nuca y extendió la mano para encontrar una pared o algo que le diera una ligera idea de donde se encontraba. Hizo varias tentativas pero no logró localizar ningún objeto o pared.

El lugar parecía que tenía un techo bajo pero mucho espacio. Tenía que averiguar si existía alguna puerta o forma de salir de allí. Miró hacía la más absoluta oscuridad pero no captó rastro de rendijas por las que pudiera entrar la luz y el oxígeno.

Estaba perdido, pensó, al descubrir un rato después, que aquel lugar no tenía puertas ni ranuras. La pared era lisa y fría y su mano había recorrido cada palmo en busca de una salida.

Desesperado se dejó caer en el suelo y se tumbó, puesto que le dolían las piernas por todo el tiempo que había permanecido agachado. Aquel dolor era placentero, pues le hacía olvidar el dolor producido por la pérdida.

Cerró los ojos y miles de colores, producidos por su imaginación aparecieron ante él. Era maravilloso ver algo de luz aunque fuera irreal. Los volvió a abrir mareado por tanto colorido y se le ocurrió que la salida podía estar en aquel techo tan bajo.

Alargó el brazo derecho primero y localizó el ángulo recto que le marcaba el principio o el final del mismo. Desde ahí comenzó su búsqueda, primero con un brazo, luego con el otro.

No supo cuanto tiempo estuvo así, sólo paraba cuando los calambres eran tan fuertes que le temblaban las manos.

Sentía el cuerpo dolorido, además había ido tocando el suelo, que parecía del mismo material que las paredes, por si encontraba una salida.

No podía darse por vencido, pensó, al reconocer que aquel lugar estaba sellado. Era como un ataúd gigante.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. El calor del agua que se escapaba de sus lagrimales le recordó que pronto sentiría sed. Lamió las lágrimas y esperó en silencio a que la muerte por fin lo llevara junto a su mejor obra.

Respiraba profundamente sintiendo la boca seca y las piernas adormiladas. No hacía frío ni calor, la temperatura era agradable, solo debía imaginar que estaba en casa, en la habitación de su hija, contándole el cuento de aquella princesa que ella adoraba y que se sabía de memoria. Si se concentraba, podía oír su voz dulce, infantil.

Siempre sería su princesa, le encantaba que la llamara así y cuando se reía unos pequeños hoyuelos se dibujaban en su tez blanca y tersa.

Acarició el suelo sintiendo la suavidad de la piel de su hija, la tibieza de su cuerpo. Ahora ambos estarían juntos y nadie los separaría. Sonrió mientras los sollozos retumbaban en ese lugar.

La imagen del cuerpo sin vida de su hija flotando en la bañera reapareció en su mente.

Inspiró y sintió dolor. Tenía mucha sed y se sentía cansado y mareado. El oxígeno escaseaba obligándole a cerrar los ojos y dejándose llevar por la muerte.

No recordaba nada más después de esa imagen en el baño, por lo que, aunque no entendía quién le había enterrado en vida, lo aceptaba. Le hacía feliz, estaría con su hija dentro de nada.

Inspiró, expiró.

Sentía mareo y la falta de aire. Se puso nervioso un momento, pero se dijo así mismo que era lo que quería y que no debía preocuparse.

Inspiró, expiró.

Dejó que una oscuridad mucho más profunda que la que lo rodeaba se lo llevara junto a su princesa. a la veía, le estaba esperando en su habitación, con el cuento entre sus piernas.

Sonriente. Alargó el brazo para tocarla. Pero ella estaba cada vez más lejos.

¡No! Su princesa echó a correr perdiéndose por un largo pasillo.

Aún mantenía los ojos cerrados cuando comenzó a oír unos susurros y pitidos. No quería abrirlos. No estaba preparado.

El ruido era cada vez más intenso. Reconoció voces y pitidos de máquinas. Sintió claridad tras sus párpados y un dolor agudo en una de sus

muñecas. Movió el otro brazo pero algo se lo impidió.

–Tranquilícese –le dijo una voz aguda.

Comenzó a parpadear y distinguió una habitación alargada. Trató de captar algún olor pero un tubo le impedía respirar por si mismo.

Movió la cara para tratar de quitárselo y una mujer con ojos grandes y saltones negó al ver sus intenciones.

–Si no para de moverse tendremos que atarlo más –añadió con cierta dulzura.

¿Dónde estaba? ¿Por qué lo mantenían atado?No entendía nada, antes había estado a punto de unirse con su princesa pero lo habían rescatado de aquel ataúd y ahora estaba en un hospital.

Lo que le confundía eran las lagunas que parecía tener en su mente, pues no recordaba nada entre esos dos hechos.

Cerró los ojos después de que la enfermera se acercara al gotero con una jeringuilla y una sonrisa de compasión en su boca alargada y fina.

Un sopor placentero que le hizo olvidar todo lo malo lo llevó en brazos hasta la cama que había compartido con el amor de su vida.

–Parece dormido.

–Éste es el asesino de esa niña tan guapa.

–Nunca entenderé como un padre puede matar a su hija porque la quiere.

–Yo tampoco, es horrible.

–¿Y lo de las muñecas?–Cuando la madre llegó él se dio cuenta de lo que había hecho y se cortó las venas. La ambulancia lo encontró medio muerto. Ha estado en coma hasta esta mañana.